Lunes 13 de septiembre

* Creo a La Moderna Galatea en cada uno de mis intentos de relación, y fracasan porque en cuanto no estoy con ellas construyo fantasías en mi cabeza, ante su ausencia las creo en mi mente y habitan ahí, me dio miedo escribir esto último. Como las tengo ahí, las uso, y se vuelven como una droga. Me encierro ahí y me pierdo, a veces por horas. Cuando regreso a la realidad, vuelvo a lo material sin ningún problema, pero las emociones, lo que sentí, permanece. Y ahí valgo madre.
* Por eso cuando las veo en la realidad, a mis intentos de relaciones pasadas, cuando me confronto con algo que solo existe en mi imaginación, enloquezco de rabia y de dolor. Porque no existe la persona que tengo en mi cabeza, y entre más pasa el tiempo más se disocia mi concepto de ellas con quienes realmente son. Y enloquezco de rabia y de dolor, porque no existe lo que creo, porque no comprendo nada, y prefiero romperlo todo, destruirlo, como un niño que rompe un juguete tras una rabieta.
* Por eso Charles Bower [el protagonista de mi novela] se suicida al final, él se mata junto con ella. Y ahí es cuando ocurre el fin del mundo. Luego Susana explota y lo destruye todo, como yo.
* Charles Bower se suicida como la imagen que yo tengo, como yo imagino que lo haría.
* Luego Susana va en busca del amor aun en el fin del mundo. Susana San Juan es el amor de Pedro Páramo.
* El paraíso de Melpoméne y Émile. El Paraíso del amor perfecto.
* Por eso no quiero escribir el segundo libro. Me he inventado pretextos por años, justificaciones, una gran pausa. Porque si escribo ese libro sería como si escribiera mi propia muerte. Tengo que ser más inteligente que yo mismo.
* No escribiré el final del libro y cerraré con una carta dirigida al lector, explicando el libro y su significado.
* Incluso mi segunda obra, D&D, acaba en el fin del mundo.
* Por eso digo que las letras me salvaron, porque, literalmente, me salvaron la vida.
* La moderna Galatea fue mi pedido de auxilio. Era el destino de mi vida si no salía de esa pausa, de esa cárcel. Estando en los paraísos que creaba en mi mente, en mi propia realidad.
* ESTOY REPITIENDO LO QUE PASÓ CON LA GUERA. LO ESTOY REVIVIENDO EN EL LIBRO.
* Es la herida que tengo desde hace muchos años. El perder a la guera, perder el control y después quedar postrado dos semanas. Morí en vida de tanto dolor.
* Mina Murray es quien intenta salvar a Charles Bower, ella es la única que no es una proyección mía. Es a quien necesitaba encontrar. Ella es una detective de la mente de Charles.
* Entre tantos libros busqué sobre la mente, por tantos años, para venir a entenderlo todo con mi propio libro. Había estado tratando de entenderme todos estos años.
* Inventé ese paraíso en mi mente para sobrevivir al dolor. Me permitiste vivir, ahora quiero hacer real todo eso que puedo sentir. Quiero enamorarme y ser feliz, quiero hablarle a muchas personas.

La Carta Quemada, Parte III

Debo pedir una disculpa al lector porque el final de esta novela no fue escrito y, en lugar de ello, nos encontramos aquí. Pero me es imperativo hacerlo de esta forma, porque necesito explicarme y compartir lo que hay en mi cabeza. El primer libro de esta historia fue escrito entre 2009 y 2011, en Madrid, y después, vinieron casi dos años en los que hubo un trabajo artesanal para pulir y remozar el texto. Sin embargo, la historia de La Moderna Galatea se remonta hacia el 2006. Lo que relataré a continuación es el camino que recorrí durante casi quince años.

Muchos se sorprenden cuando lo digo, pero yo leí mi primer libro a los veintiún años. Antes de eso yo no entendía para qué era eso de leer. Fue un accidente, pero que detonó en mi cabeza algo que ya nunca se detuvo. Mi paso por la universidad no fue el mejor; aunque nunca fui un buen estudiante, me dejaban satisfecho mis resultados. Desde ese momento comencé a leer mucho, a aprender mucho. Sentía como si descubriera el mundo. Me parecía sorprendente que el pensamiento de una persona pudiera atravesar el tiempo y llegar hasta mi cabeza, aquello me resultaba increíble. Qué privilegio, qué tremendo privilegio. Que afortunado fui. (Disculparás que divague un poco, pero pronto entenderás por qué es necesario). Por supuesto, esto no quiere decir que no haya hecho nada más que leer durante ese tiempo, al contrario, hice tantas cosas que ahora que lo recuerdo apenas lo creo. Primero grupos estudiantiles, fiestas, viajes y, al final y en exceso, alcohol, sexo y drogas. También mis primeros textos e intentos por lo que ahora entiendo como Escritura Inconsciente.

Para mí escribir, es dar un salto al vacío, porque nunca sé qué va a pasar. Lo descubro y lo creo mientras sucede. Me siento a escribir y vacío mi cabeza. Es un proceso desgastante, pero muy liberador. Implica dejar las manos libres para construir, pero es necesario antes proveer al Inconsciente de materia. Lo que hago es que empiezo a leer y a devorar información y material relacionado a lo que siento que debo escribir, pero no escribo. Es necesario dejar que la mente digiera esa materia, detrás de lo consciente, dejar pasar tiempo para que las imágenes e ideas se asienten, mientras uno continúa con su vida y, como un pescador, hay que sentarse a esperar. Si hay suerte en un tiempo (ojalá breve) surgirá una idea con la que podría construirse algo, pero para discernir si se trata de una buena idea, hay que evaluar conscientemente la idea candidata. A mi entender, la intuición es el vínculo que usamos para comunicarnos entre lo Inconsciente y lo Consciente. Leer y estudiar temas u objetos relacionados a lo que quiero escribir es, para mí, proveer a la intuición de una guía para que sepa hacia dónde debe dirigir sus esfuerzos. Después de observarme por años, me pareció que el lenguaje de lo Inconsciente es uno muy alejado de nuestras construcciones conscientes, y se comunica a través de las emociones.

En este momento debo hacer una crítica a título personal que seguro no será lo más original que escriba. Creces escuchando por un lado y por otro que las emociones tienen clasificaciones, por ejemplo, “buenas” y “malas”. Es malo estar triste, es bueno estar feliz, lo más común. Menuda idiotez. Las emociones son el Inconsciente (nuestro cuerpo, digamos) diciéndonos algo y, conscientemente, debemos hacer siempre lo posible por entendernos y no negar lo que sentimos o, mucho menos, aplicar clasificaciones reduccionistas a nuestros sentimientos.

El entendimiento me resulta liberador o, cuando menos, esperanzador. Lo que relataré a continuación sintetiza mi experiencia de vida durante un periodo aproximado de 15 años.

Mientras escribo estas palabras apenas he sido, recientemente, diagnosticado. Sin embargo, tengo una confianza sólida en que todo llegará a buen puerto porque siento que logré entenderme y darle luz a mi mente. El acto de introspección requirió de más de un año con mi terapeuta [preguntar a Mariana si quiere que aparezca su nombre] y mucho dolor. Dolor que continúa, pero con un color distinto, tenue, que sabe un poco amargo, pero se pasa, porque no es el verdadero dolor, solo es una máscara. La introspección es la diferencia. Entenderme a través de mis propias palabras fue un acto de revelación, de una magnitud tremenda, pero que, lo que reveló, fue dolor.

Sucedió en 2021 que me enfrenté a un evento que venía ocurriendo de manera cíclica en mi vida y que escapaba por completo a mi consciencia. Salía con una chica con quien las cosas habían empezado bien, pero, llegado un momento y por circunstancias ajenas, ella se ausentó por un periodo aproximado de tres semanas. Durante ese tiempo tuvimos poca o nula comunicación y, cuando volví a verla, solo lo hizo para terminar la especie de relación que teníamos. En el momento por supuesto que sentí dolor, pero por primera vez sentí que había algo más debajo de ese dolor. Mi respuesta normal en esos momentos era “romper todo” e irme, es decir, huir ante el dolor disfrazando esa huida de algún pretexto barato o una idea construida para justificarme ante mí mismo. Pero esa vez actué diferente y me gustaría decir que fue gracias a una reflexión, pero la verdad es que no fue así. Adjudico este actuar diferente a la terapia y a mi desesperación, porque si no iba a hacer lo mismo de antes, al menos intenté hacer lo opuesto: esperar, hablar lo menos posible y observar. Ahí estuvo la diferencia.

Tenía que vivirlo otra vez y actuar diferente, observarme, o al menos intentarlo, para después dejar que el tiempo me ayudara a entenderme. Así que después, el inevitable acto de recordar lo que ocurrió hizo su labor y las cosas se fueron poniendo en su lugar, casi sentí que fueron cayendo como piezas de dominó. Solo por describirlo de una manera más linda: era una puerta que no había encontrado y, aunque fue a base de trompicones, la encontré.

Lo que relataré a continuación fue algo que fui asimilando poco a poco durante los días siguientes (en el momento me sentí despedazado). Después de que las cosas se asentaran en mi cabeza, entendí que la persona que estuvo frente a mí era una persona muy distinta a quien tenía yo en mi mente, se veía igual, hablaba igual, pero no era la misma persona. Y no solo eso, no era solo que fuera distinta: es que era otra persona. No mucho después, esa misma noche, empecé a destapar y quitar máscaras, empezó a desatarse un proceso de introspección y empecé a entenderme.

Mi talento es también mi cruz. Desde muy pequeño recuerdo ser capaz de imaginar cosas muy vívidas, cuando veía caricaturas recuerdo que imaginaba situaciones alternativas cada vez, luego me imaginaba a mí en esas escenas. Así podía pasarme horas. Después creo que esa condición fue germinando en mí la necesidad de crear objetos, juegos, historias en juegos de rol, cuentos, novelas y, por último, ideas. Pero con esa chica (y con otras tantas antes), durante el tiempo que yo no estaba con ella y, ante la ausencia de comunicación, yo no dejé de imaginar situaciones con ella en las que yo era feliz, imaginaba cosas lindas en las que estábamos juntos, bellas en las que a veces podía pasarme horas (en particular en las mañanas, antes de pararme de la cama). Yo creía, en aquel entonces, erróneamente, que aquello era solo algo que imaginaba, porque siempre era consciente de que se trataba de algo imaginario, es decir, yo no tenía problema alguno para salir de esa ensoñación y “regresar” al mundo material. Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas como yo creía, porque cuando regresaba de la ensoñación las emociones que sentía se quedaban conmigo. Y ahí todo cambiaba, viraba, poco a poco, hacia la disociación con la realidad. Me resulta muy doloroso escribir esto, pero debo hacerlo. Se volvía un ciclo en mi cabeza en el que alimentaba estas fantasías, para producirme emociones que me hacían sentir bien ahí, pero que lentamente rompían el vínculo con la realidad, alejándose del suelo para proyectarse en fantasías. Yo no era consciente de nada de esto, lo juro, yo no tenía idea de las consecuencias. Yo no me entendía.

En mi cabeza se iba formando una bola de nieve de emociones fantasiosas, distorsiones que entre más tiempo pasaba, al más disociarse con la realidad, más dolor me producían y más me hacían refugiarme en mi “Paraíso Personal” (así le llamé). El ciclo se repetía así, una y otra vez. En mi propia cabeza habitaba un ser idealizado que iba mudando de piel, de voz, de lugar y se instalaba en cada intento de relación, tomando al asalto a la otra persona, usurpándole. Lo hacía primero llenando los vacíos de tiempo, después, se volvía casi omnipresente.

Ocurría entonces un evento Inevitable, que era el choque entre la realidad y mi fantasía. Cuando eso ocurría, entre mayor era la disociación, lo era también el dolor. Ese es el final de La Moderna Galatea.

Cuando lo entendí, me detuve, me quedé de pie sin moverme, solo parpadeaba. Sentí mucho miedo, porque descubrí en mi cabeza ideas que se escondían en puntos ciegos de mi propio pensamiento. En el final no escrito aún de La Moderna Galatea (en el momento en que escribo apenas retomaré el texto), Charles Bower, al observar El Fin del Mundo, se culpa a sí mismo por la existencia de Galatea, y se arroja por una ventana matándose junto con ella. Yo ya había tenido visiones así, me vi cayendo de la azotea de mi edificio, ocurrió en varias ocasiones durante la semana previa a la pérdida. Esa imagen me indicó el camino hacia mi propio libro. Las cosas empezaron a tener sentido en mi cabeza, desde la propia manera en que concibo la escritura, me pareció que la mayoría de lo que escribí fueron creaciones inconscientes que podían ser símbolos de mi estado emocional. Después de eso —tonto de mí—, pensé en abrir el libro y releerlo, pero no hacía falta. Lo había releído ya tantas veces que no hacía falta hacerlo una vez más, sentí que era como la descripción de Thénard:

*[…] era la prueba viviente de que también podía existir un creador torcido; ese hombre era una de las obras maestras de Satanás, quien cada cierto tiempo debía detenerse solo para contemplarle y sentirse satisfecho.*

No parece la manera más gentil de definir mi autoconcepto, ciertamente, pero fue la imagen incosciente que brotó en mi cabeza al darme cuenta de la manera compulsiva en que volvía una y otra vez al texto. Al final entendí el porqué del título de ese capítulo “Nuestros Nombres”, porque todos eran yo. Aquello tardó mucho tiempo en ser evidente en mi cabeza porque, aunque pueda parecer extraño incluso decirlo, yo era totalmente ciego a mi propia inconsciencia.

Galatea que habita en la mente de Charles Bower, detrás de su consciencia, pero que se vuelve real al disociar las experiencias que vivía. Y su origen, así de repente me fue claro. Cuando me di cuenta de aquello, una idea brotó en mi cabeza. Era de un libro de Oliver Sacks en el que citaba las palabras de una mujer que había permanecido en estado catatónico por varios años, le preguntaron a la mujer si sabía o si tenía alguna idea sobre por qué había estado así todo ese tiempo y ella respondió: “tenía que morirme para no morirme”. Esas palabras me hicieron revolver la cabeza.

Presto mucha atención a las primeras imágenes que saltan en mi mente después de ocurrido algo. Ese tipo de respuestas inconscientes suelen tener mucha tela, y es a uno a quien le toca hacerse de tijeras.

[La güera, el término de esa relación y mi postración, la creación del refugio mental, mi “Paraíso Personal”]

Hay personajes que, en el momento en que escribo este texto, confieso que aún son ajenos a mi entendimiento. Sobre su naturaleza u orígenes, aunque tengo, por supuesto, indicios sobre el pasado de Susana San Juan, a quien pienso construir una obra; intuiciones, un poco vagas aún, pero tengo una historia en la que Vidocq la tomará al asalto; y, por supuesto, un camino ya recorrido en la creación de La Espada Social.

[EN LA NARRACIÓN DE EL FINAL LOS SUBCAPÍTULOS DEBEN SER MUY BREVES PORQUE AHÍ SE IRÁN ENTRELAZANDO LAS NARRACIONES Y SUS DOS TIEMPOS, quiero que sea frenético]